

Tzvetan Todorov
El hombre desplazado
Madrid, Taurus, 1998

Este libro seduce por la promesa contenida en su título. ¿Quién es el hombre desplazado?, es el acertijo que propone como inicio de una continua transacción entre el testimonio del desarraigo geográfico del narrador y su reflexión sobre los lugares que, al servirle de casa, han marcado su espíritu. Negociación narrativa construida con dos argumentos: el autobiográfico, que funciona como apertura y fin de la exposición; y el interpretativo sobre los procesos culturales de los países anfitriones, significativo como fuente para la construcción del itinerario que forja la identidad del desplazado.

La voz de Todorov salta en el primer renglón: *“Durante mucho tiempo me desperté sobresaltado”*, dice, para introducir la narración de una pesadilla propia y muy recurrente en quienes han abandonado sus tierras de origen: el hombre había viajado, por cualquier motivo insignificante, a su tierra natal y

a la hora de volver a la patria adoptiva el boleto del avión se extraviaba, el tren partía sin esperarlo o el amigo que lo llevaba a la estación se perdía en los vericuetos de la ciudad. Siempre que intentaba regresar un hecho inesperado impedía su partida y ello le provocaba una terrible angustia.

Los sueños se desvanecen, pero las preguntas por el origen, la identidad y la pertenencia latentes en ellos, reaparecen a menudo en la vida cotidiana del hombre desplazado, aquel no adaptado al medio ambiente en que está, según María Moliner citada como epígrafe de este texto.

Sólo cuando Todorov, acostumbrado ya y sin sobresaltos a la vida de París, se enfrenta a la circunstancia de hablar sobre Bulgaria -su país- ante un público bulgaro en Sofía -su ciudad natal- las preguntas reaparecen como fantasmas: ¿Francés o bulgaro? o ¿francés y bulgaro?, ¿qué de francés y qué de bulgaro? “Mi doble pertenencia tenía por único resultado

privar de autenticidad, incluso para mí mismo, a cada uno de mis discursos, puesto que cada uno de ellos sólo podía corresponder a la mitad de mi ser, que era doble. Así me encerraba de nuevo en un silencio opresivo”.¹

Al reconstituir la capacidad de hablar, el desplazado comienza a centrarse, a adaptarse a su medio. “La coexistencia de dos voces se convierte en una amenaza conducente a la esquizofrenia social cuando éstas compiten entre sí, pero si forman una jerarquía cuyo principio ha sido libremente escogido es posible superar la angustia del desdoblamiento, y entonces hacer de la coexistencia el terreno fértil de una nueva experiencia”².

Así entra el texto en uno de sus planteamientos más interesantes. Frente al proceso de separación de un individuo de su comunidad de origen, se plantean tres conceptos sobre lo que puede sobrevenir en su nueva patria. El primero es la *desculturización*, o sea la degradación de la cultura de origen. El segundo, la *aculturación*, entendida como la adaptación progresiva a una nueva cultura que puede compensar la pérdida anterior. Y el tercero, la *transculturación*, o sea la adquisición de un nuevo código sin perder el antiguo. Todorov se ubica, al final de su itinerario de desplazamiento en la *transculturación* donde, dice, “vivo en

un espacio singular, a la vez fuera y dentro: como extranjero en ‘mi casa’ (en Sofía), en mi casa ‘en el extranjero’ (en París)”.³

Hoy la *transculturación* no es situación de pocos. Muchos han vivido el encuentro de culturas en el interior de sí mismos. Todos los hombres, podría decirse atrevidamente, están cruzados. “La pertencencia cultural nacional es simplemente la más fuerte de todas, porque en ellas se combinan las huellas dejadas - en el cuerpo y en el espíritu - por la familia y la comunidad, por la lengua y la religión”.⁴ Pero las demás, las adquiridas en el proceso de desplazamiento, configuran las esferas de la vida pública, del presente del hombre.

A partir de reconocerse como sujeto *transculturado*, Todorov pasa a reconocer sus nexos con cada una de las culturas que lo constituyen. “Bulgaria el país en el que he crecido, y lo que de él me queda hoy, aparte de los recuerdos personales, es la experiencia -constitutiva- del individuo frente a un régimen totalitario. Francia es el país en el que vivo, del que me siento ciudadano y copartícipe afectivo de su destino. Estados Unidos es el lugar al que voy para ejercer mi profesión, en el que me encuentro más bien con colegas que con compatriotas. Lo único que estos tres

1 Tzvetan Todorov. *El hombre desplazado*. Madrid, Taurus, 1998. p. 20

2 *Ibid.* p. 24

3 *Ibid.* p. 27

4 *Ibid.* p. 28

LIBROS

países tienen para mí en común (al igual que para muchos otros) es que en todos tengo amigos a los que continúo visitando en presencia o en ausencia”.⁵

A partir de este reconocimiento Todorov baja el perfil autobiográfico de la obra, y se detiene en el análisis de cada una de las culturas de que es portador. Sin perder el tono de lo que está cerca, logra sustraer qué de la esencia de cada país le queda a la humanidad. La obra adquiere una dimensión universal pues se abre hacia algunos de los temas más trascendentales del mundo contemporáneo: el totalitarismo, el fin del comunismo, el racismo, los crímenes contra la humanidad, la responsabilidad de los intelectuales, el declive de la autonomía y sus implicaciones en el porvenir de la democracia. Esta breve reseña sólo se refiere a algunos de ellos, sin pretender, siquiera, trenzar los múltiples hilos que los conectan.

En Bulgaria, sometida al régimen totalitario está el origen de Todorov. El idioma, la religión, la familia y la relación con el Estado aportan las bases de su construcción como individuo. Además, Bulgaria, le ofrece al escritor el ejemplo de lo nefasto que puede ser un régimen en la vida cotidiana de las personas. El totalitarismo, con su ideología transmitida como un eco que ensordece, con el terror como herramienta de primer orden para orientar la conducta de la población, y

con el reino del interés particular que promueve entre los habitantes, genera un desvanecimiento paulatino de la dignidad humana.

La dignidad humana no sólo se menoscaba en los campos de concentración, reconocidos como el infierno de los países marcados por el totalitarismo. La noción de campo de concentración se extiende a todo el país, de formas más sutiles, pero con la misma intención de aterrorizar a los inocentes. “David Rousset fue sumamente clarividente cuando habló en estos términos en enero de 1951, ante el tribunal de París: ‘el mundo de los campos no es grave porque en él se sufra y se muera; el mundo de los campos es grave porque en él se vive. Allí, el ser humano se ha convertido a sus propios ojos en un despojo total; allí, asimismo, sus guardianes han sido también transformados en verdaderos despojos. Un país donde existen campos de concentración es un país podrido hasta la médula. El mundo de los campos de concentración es un contagio inevitable, y es por todo ello la mayor desgracia que uno pueda conocer””.⁶

Francia le permite a Todorov traer a escena el caso de Paul Touvier, como ejemplo de que no sólo los países totalitarios tienen dificultad para gestionar su pasado. Touvier protagonizó uno de los episodios más penosos en la historia reciente de Francia al participar en el asesinato de

5 *Ibid.* p. 31

6 *Ibid.* p. 93

siete judíos mientras era jefe del servicio local de información de Lyon en 1943. Su caso fue reabierto en 1973 y su delito calificado como crimen contra la humanidad. El análisis minucioso del expediente abre las posibilidades de reflexión sobre un cierto quiebre entre la "eficiencia" del aparato de justicia y lo que los ciudadanos del presente esperan de juicios como este. "El interés público sobre los procesos indica que se esperaba de ellos algo más; no sólo la aplicación de la ley, sino también una lección dirigida a la opinión pública, un ejemplo por lo que atañe al Derecho mismo, a la Moral, a la Memoria o a la Historia".⁷

Con la esperanza de que los publicitados juicios contra los agresores de la humanidad hayan tenido la utilidad política de recordarle al mundo el resultado de ciertas opciones ideológicas que se traducen en sufrimiento y muerte de inocentes, Todorov aborda el tema del racismo como una de esas ideologías nefastas. La erosión de la identidad cultural tradicional; la presencia, en un mismo espacio geográfico, de grupos físicamente diversos; y la tendencia a asociar a esos grupos físicamente distintos con unos comportamientos sociales específicos generalmente violentos, son las características de la sociedad francesa y europea del presente, que dan pie al racismo. Y con él a las múltiples manifestaciones de antiracismo, tan

sospechosas y preocupantes como la segregación misma.

El fin del racismo no está en campañas moralistas que fácilmente se convierten igualmente excluyentes. Todorov insiste en que "el auténtico tratamiento sólo puede ser de índole social, y debe cercenar las condiciones que favorecen el desarrollo del racismo. No se puede detener el flujo migratorio, pero pueden combatirse la aparición de gúetos, la discriminación profesional, el encierro en comunidades completas. Hay que evitar la coincidencia entre grupo 'racial' y grupo 'social'".⁸

En Estados Unidos, Todorov aprecia uno de los cambios más sutiles y significativos de la democracia: el retroceso del valor cardinal de la autonomía. En la democracia, el ciudadano reclama el derecho de ser responsable de su propia suerte. A más de aceptar el gobierno que el mismo ha elegido de acuerdo con unas normas aceptadas por todos, se crea un territorio privado que nadie puede llegar a invadir. Ese terreno, el de lo privado, es el que el ciudadano norteamericano está cediendo.

La primera forma de renunciar a la autonomía proviene de los individuos aislados y consiste en asumirse como una víctima y no como responsable de su propio destino. La segunda forma, es escudarse de la responsabilidad bajo de

7 *Ibid.* p.140

8 *Ibid.* p. 162

LIBROS

la pertenencia a un grupo. Y la tercera, es la nefasta combinación de las anteriores que produce la victimización colectiva, lo que genera de inmediato el colapso de las esferas política y social. Se renuncia por ese camino a las ideas de la autonomía y la ciudadanía, pilares de la cultura política norteamericana.

Al final del recorrido por los asuntos cruciales de tres culturas monumentales del presente, se comprende que la reciente

obra de Todorov traspasa el espacio de la escueta elaboración académica y reivindica, de forma explícita, el papel de los intelectuales en la vida pública. *El hombre desplazado*, esconde entre las líneas de una basta erudición, proclamas de libertad, justicia y dignidad para todos los hombres: exhortaciones que tanto elevan la emoción del lector, exhortaciones que tanto necesita el corazón del hombre de hoy.

Patricia Nieto Nieto

Investigadora del Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia